

## EL RAMÓN DE UMBRAL

Las biografías que hizo Ramón Gómez de la Serna —en el libro que comento, «Ramón y las Vanguardias» (1), Umbral las califica de «fingidas»— no son tales biografías; no lo son, al menos, en el sentido tradicional de la palabra. En cierto modo eran su propia historia, su propia experiencia vital contada con los datos de otro y de otro tiempo. Y el libro que Umbral ha dedicado a Ramón tiene también mucho de biografía «fingida», de reconocerse en el biografiado. «Ahora es cuando presiento que, efectivamente, Ramón me ha dado algo, me ha facilitado una óptica del mundo que es la suya —y quizás la mía...—», nos dice él mismo. No constituye esto una técnica especial, ningún género nuevo —las buenas biografías siempre han sido así—. Sencillamente, se trata del escritor que dialoga con el escritor y que, desde una óptica común, decide enfrentarse al mundo, al sistema, con su escritura.

En «Ramón y las Vanguardias» no ha pretendido Francisco Umbral hacer una biografía erudita de Ramón —por otra parte, ya la hizo, y muy extensa, Gaspar Gómez de la Serna— y, pese a lo que el título parezca indicar, sólo se analiza el proceso de las vanguardias de principios de siglo y su relación con él de un modo muy superficial. En este sentido, la tesis del libro gira en torno a la afirmación —a mi parecer, exagerada— de que Ramón Gómez de la Serna fue toda la vanguardia española. Así, Umbral olvida el ultraísmo, esa revolución literaria que supo asimilar los logros de la vanguardia europea de aquella época; movimiento al que Ramón, si bien no se puede decir que participase en él de una manera activa, no fue del todo indiferente.

(1) *Ramón y las vanguardias*, Francisco Umbral. *Selecciones Austral*, Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1978.

Ramón es uno de esos personajes de la literatura española que, quizás por su orgullo, no puede incluirse en ninguna tendencia o movimiento determinado. En su caso, sólo se le puede incluir bajo el epígrafe de «ramonismo». Su pertenencia a la vanguardia, aparte de tener unas características especiales en la forma escrita, estuvo en el hecho de saberse inventar otra realidad. «Lo que menos merece la vida —escribió— es la reproducción fiel de lo que aparenta suceder en ella». Ramón odia la realidad y el realismo, sobre todo ese realismo fatalista, fruto de la España del noventa y ocho, que presenta la novela de Baroja o, antes, de Galdós. Umbral dice al respecto: «Aquí se inscribe en la nómina de los rebeldes, de los que sin haber consumado una revolución histórica o masiva, mantienen su rebeldía personal frente al espíritu positivista burgués, que traducido a la literatura y al arte, da el realismo». No le interesa la actualidad, de ahí que su periodismo sea tan literario; e ignora casi por completo las instituciones. Por eso Ramón crea en torno suyo una circunferencia, desde la que ob-

serva el mundo cotidiano y lo interpreta como lo quiere ver.

En uno de los mejores capítulos de su libro, Umbral explica cómo Ramón, en su circunferencia—ésta que todos queremos trazar— juega y se olvida del rito, del Poder. «El rito es algo así como la militarización del juego». En su escritura juega también, y rechaza el discurso que —siempre según Umbral— «introduce el rito en la literatura. El discurso es la ritualización del pensamiento libre, primitivo, azaroso, figurativo, genial». Y el mismo Ramón nos da la clave de su juego literario: «¡Qué difícil es trabajar para no hacer, trabajar para que todo resulte un poco deshecho, un poco bien deshecho!».

Ramón convierte la vida de Madrid en insólita, y la fija en su literatura de vanguardia. Todo el vasto mundo que él fue en las primeras décadas del siglo, y que nos describe Umbral en los treinta y siete capítulos de su libro, se derrumbó cuando tuvo que abandonar España en el año 36. En Buenos Aires, su circunferencia debió irse rompiendo poco a poco. Allí no había Pombo, el café por él famoso, donde celebraba su tertulia en las noches de sábado, ni calles reconocidas por pisadas un millón de veces. Allí no estaba su vida cotidiana, y se convirtió en el Ramón del desencanto. En otro libro de memorias, «La noche que llegué al Café Gijón» —y casi se podría decir que todos los libros de Umbral son, en alguna medida, de memorias—, nos cuenta su autor cómo decidió empezar donde había acabado Ramón, precisamente en el desencanto.

En su libro Umbral recrea una época que, en cierto modo, envidia, que le habría gustado vivir, la de los vanguardistas, y que elige a una de sus estrellas para revivirla; envidia una época en la que de verdad se hablaba y se hacía literatura, una época de tertulias **vivas**, y de publicaciones puramente literarias que tenían lectores, una época, en fin, que, como él mismo dice, «la literatura coincidió milagrosamente con la felicidad». ■ **RAFAEL M. CANSINOS.**

